

Miriam vuelve a intentar escribir.

Aunque no se le ocurre nada, no pensaba irse a la cama sin haber comenzado su novela, pues estaba acostumbrada a imponerse todo como un castigo, amenazándose a sí misma con privarse de lo que fuera si no lograba su objetivo.

Lo cierto es que siempre lo cumplía, y si esa técnica hasta ahora le había dado buen resultado, no iba a fallarle tampoco esa noche.

Recordaba que cuando estudiaba bachillerato en el colegio religioso, apenas salía los fines de semana para poder estudiar más y así sacar mejores notas.

Y ahora que pensaba en las monjas, recordaba que de pequeña las veía feas, casi como engendros en lugar de mujeres normales.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, cada vez se parecía más a ellas físicamente.

Las monjas no se maquillaban jamás, y ella rara vez lo hacía.

Por una parte se pasaba el día escribiendo sobre cosméticos, aunque por otra le producían una especie de repulsión cuando trataba de echárselos.

Su piel era lo suficientemente grasa como para que ni siquiera le hiciera falta usar crema hidratante.

Tampoco le gustaba pintarse las uñas, ni los labios, ponerse maquillaje, o echarse rimel.

En su ambiente resultaba extraño, pero no podía evitarlo, aunque desconocía la razón. Su amiga Marta, sin embargo, era todo lo contrario.

Desde los doce o trece años, nunca la había visto sin maquillar, incluso cuando en verano iba a bañarse a su piscina.

En su cuarto de baño se encontraban todos y cada uno de los productos que salían en su revista, especialmente los anticelulíticos.

Aunque la pobre, por muchos tratamientos que se hacía, no perdía un gramo, sino que cada vez engordaba más.

Según ella había sido desde que el psiquiatra le había cambiado el Prozac por otro antidepressivo, pero le parecía que se trataba de una excusa.

A pesar de que nunca se lo había confesado, sabía que desde la adolescencia padecía trastornos alimentarios.

No hacía más que verla cuando salían a cenar en pandilla los fines de semana para darse cuenta que tenía que encontrarse muy mal para comer con el ansia que lo hacía. Por entonces aún estaba delgada, lo cual significaba que después de aquellos festines, nada más llegar a casa, se iba derechita a vomitar.

Gracias a Dios, ella no había tenido nunca que preocuparse por el peso, ya que su propio nerviosismo le impedía engordar.

En el fondo de su ser eso le satisfacía en gran medida porque sabía que tener un buen cuerpo estaba aún mejor valorado socialmente que ser guapa.

Las pieles delicadas, como la de Marta, a partir de los treinta se volvían ajadas y no había forma de mantenerlas tersas, como lo estaba suya.

Además, de nada le servía a su amiga que sus padres tuvieran tanto dinero, si sólo se lo podía gastar en bolsos y en zapatos carísimos, pues la ropa no le quedaba más remedio que comprársela en Zara, donde no había necesidad de abochornarse ante de las dependientas debido a las escabrosas cuestiones de la talla.

Tras haber pensado en toda esa sarta de banalidades, le dio por volver a reflexionar sobre el tema de las monjas, descubriendo cómo ella misma, al ser mucho más masculina que su amiga, se las arreglaba mucho mejor en la vida.

Por mucho que las religiosas pudieran haber sido las lesbianas del pasado, eso no me sirve para mi novela, ya que los tiempos de Santa Teresa han quedado atrás.